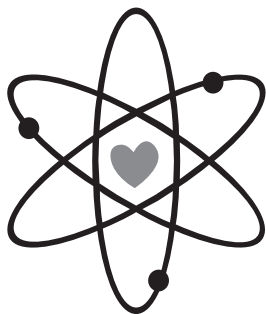


**Sonia Fernández-Vidal**

QUANTIC

LOVE



LUNA  ROJA

*Dedicado a Marta C.F.,  
porque solo alguien como ella, con un enorme corazón,  
podía dejar como fruto una persona tan maravillosa  
entre nosotros. Gracias.*

*Con amor cuántico.*

Primera edición: enero de 2012

Diseño de cubierta: Book & Look  
Maquetación: Marquès, S.L.

Edición: Marcelo E Mazzanti  
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir  
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2012, Sonia Fernández-Vidal, por el texto  
© 2012, La Galera SAU Editorial,  
por la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial  
Josep Pla 95 - 08019 Barcelona  
[www.editorial-lagalera.com](http://www.editorial-lagalera.com)  
[lagalera@grec.com](mailto:lagalera@grec.com)

Impreso en Liberdúplex  
Ctra. BV-2249, Km. 7,4  
Pol. Ind. Torrentfondo  
St. Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-41.365-2011  
Impreso en la UE  
ISBN: 978-84-246-4170-2

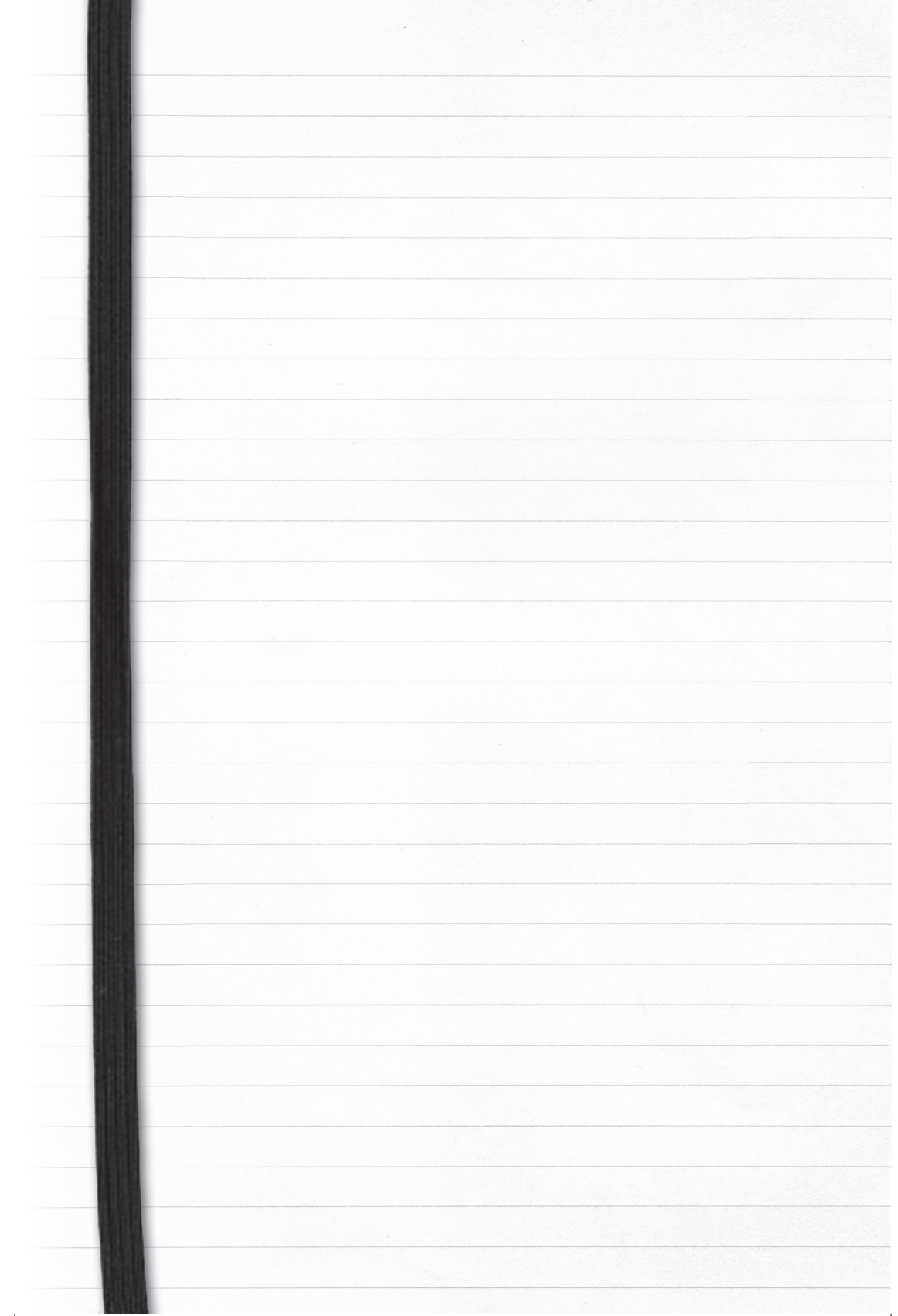
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

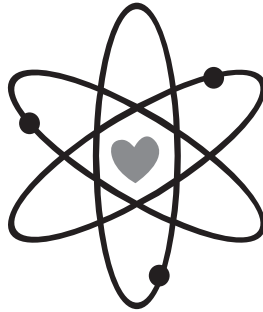
«Gravitation is not responsible  
for people falling in love».

ALBERT EINSTEIN

«Sin ciencia, el amor es impotente;  
sin amor, la ciencia es destructiva».

BERTRAND RUSSELL





## 1. LAS PUERTAS DE SHAMBHALA

A veces el futuro nos susurra algo al oído por un breve instante. Algunos lo llaman premoniciones, otros intuición. Yo solo sé que al entrar en aquel avión *supe* que todo iba a cambiar. La Laila que dejaba Sevilla con destino a Suiza no volvería jamás.

Mi permiso de trabajo como camarera del CERN era temporal, pero de repente entendí que habría un antes y un después de aquel verano.

Nerviosa, me abrí paso entre la gente que colocaba a presión su equipaje de mano. Asiento 17A, ventanilla. ¡Iba a ser una gozada ver los Alpes desde el cielo!

Una vez en mi asiento, coloqué el bolso entre mis pies y saqué la Moleskine que me había regalado mi padre para el viaje. Me emocioné al mirar la primera página de la libreta de tapas negras sujetadas por una goma. Allí me esperaba una cita de Peter Matthiessen que resumía a la perfección la corazónada que acababa de tener:

*Un hombre sale de viaje  
y es otro el que regresa.*

Si algo debía reconocer a mi padre era que siempre acertaba con los regalos. Las palabras del autor de *El leopardo de las nieves*—su novela de viajes favorita— resonaban ahora con más fuerza en mi interior, ya que estaba emprendiendo mi odisea particular.

Mientras la azafata daba unas indicaciones de seguridad a las que nadie atendía, en mi interior volví a escuchar la voz suave y serena de mi padre:

—Mantén los ojos bien abiertos, Laila. Vas a vivir una experiencia única en el centro de investigación más importante de Europa. Pon tus manos a trabajar en esa cafetería, pero con tu mirada lejos en el horizonte.

—Papá, que solo me voy tres meses... —había protestado.

Luego le había dado un cálido abrazo. Sabía exactamente qué venía a continuación. Me repetía aquella fábula oriental desde que yo había cumplido los catorce. Y de eso hacía ya cuatro años...

—¿Recuerdas la historia del cazador que encontró Shambhala mientras perseguía un ciervo? Al ver que se habían abierto las puertas del paraíso tibetano, el guardián le invitó a pasar, pero el cazador quiso volver a buscar a su familia. Cuando regresó, la montaña se había cerrado, pues las puertas de Shambhala se abren una sola vez en la vida para cada uno. Cada oportunidad es única, Laila, y si no la aprovechas, te sucederá como al cazador, que tuvo que seguir persiguiendo ciervos el resto de su existencia.

Mi padre era un soñador incorregible. Tal vez por eso se había casado con la persona más práctica y realista del planeta: mi madre. Sus palabras fueron como un chorro de agua helada:

—Estate por el trabajo, gasta poco y déjate de chicos. Piensa que en tres meses tendrás que volver para empezar la universidad. No quiero que se te llene la cabeza de pájaros. Por mucho premio Nobel que circule por allí, no olvides que no eres Einstein, sino la chica que pone los cafés con leche.

Al tomar tierra en el aeropuerto de Ginebra, me acobardé por primera vez desde que me había enrolado en aquella aventura. Sentí que el cielo nublado se me venía encima. Todos mis amigos estaban de vacaciones, mientras yo me dirigía a un lugar desconocido a trabajar en algo de lo que no tenía ni idea. Había mentido en el CV al decir que había trabajado de camarera los últimos dos veranos en un camping de la Costa Brava.

De repente, deseé volver al avión para regresar a mi soleada ciudad, al mundo conocido, donde todo era aburrido y previsible, pero seguro al fin.

«Respira hondo», me dije al darme cuenta de cómo me temblaban las piernas en la cola del control de aduanas. «Te estás comportando como una chiquilla asustada». Esa reprimenda me dio el coraje necesario para resistir el ataque de pánico. Pasé el control sin apartar la mirada del suelo y puse rumbo a la cinta transportadora.

En la sala de recogida de equipajes, un póster inmenso mostraba una imagen de satélite del lugar donde pasaría todo el verano. Se me escapó una sonrisa ante lo que parecía una bienvenida dirigida a mí. En medio de la vista aérea se podía leer:

CERN: EL LUGAR DONDE NACIÓ LA WORLD WIDE WEB

La semana antes de coger el avión, lo había googleado todo acerca

de este sitio. Averigüé que CERN<sup>1</sup> son las siglas del Centro Europeo de Investigación Nuclear, el laboratorio de física nuclear donde se ha construido el mayor acelerador de partículas del mundo. ¡27 kilómetros de circunferencia! Al parecer, esa máquina gigantesca iba a servir para comprender el origen del Universo. ¡Wow!

Recogí mi maleta y tomé la salida en dirección a la parada de autobús, donde se agolpaba un grupo de excursionistas jóvenes. Supuse que se aventurarían en alguna ruta por los Alpes.

A mi lado esperaba un viejecito con una americana de pana marrón y un fino jersey oscuro. Me miró a través de unas gafas de montura antigua con sus ojos pequeños pero alegres. Le devolví la sonrisa tímidamente. Tenía pinta de ser un conserje jubilado.

Cuando llegó el autobús que debía dejarme a las puertas del CERN, ocupé un asiento cerca del conductor y el viejecito se sentó a mi lado.

—Hola jovencita —me saludó en un inglés perfecto—. No eres de por aquí, ¿verdad?

Tenía pocas ganas de entablar conversación, estaba demasiado nerviosa. Sin embargo, la simpatía de aquel abuelito me impedía ser maleducada. Le devolví el saludo en inglés y añadí:

—Vengo de Sevilla.

—Preciosa ciudad... ¡Me encantan el flamenco y las tapas! ¿Se puede saber qué te ha traído a Suiza?

—Voy a trabajar este verano en el CERN, el laboratorio de física que hay a las afueras de Ginebra.

—Conozco el lugar —sonrió el anciano.

1. Del francés, Conseil Européen pour la Recherche Nucléaire.



Esperaba que la conversación terminara aquí. A modo de evasiva, desvié la mirada distraídamente por la ventana, pero el anciano no tenía intención alguna de quedarse callado.

—Pareces un poco joven para ser investigadora, ¿o acaso eres un geniecillo?

—No soy ningún genio... Solo trabajaré como camarera durante estos tres meses de verano.

Pude notar la tristeza que acompañaba mi última frase. De nuevo se me hizo un nudo en la garganta al pensar en los meses que me esperaban. En el instituto había conseguido las mejores notas de mi curso. Allí sí que me consideraban un geniecillo. Todos mis profes aseguraban que sería una universitaria brillante. No obstante, en ese momento me encaminaba al sitio con más cracs por metro cuadrado del planeta, y sin otra misión que servirles café.

Esa perspectiva me hacía sentir muy insignificante. Volví a ser consciente de lo sola que estaría durante esas interminables semanas. Me mordí el labio y tragué saliva con fuerza para diluir la horrible sensación de estar a punto de llorar.

—Un destino curioso para ganarse algún dinerillo...

«¡Viejo entrometido!», suspiré molesta, aunque el mal humor me ayudaba a contener las ganas de llorar. Agradecida al menos por eso, le seguí el juego:

—Descubrí una bolsa de trabajo europeo donde aparecía esta oferta para estudiantes. El año que viene quiero entrar en la universidad y estoy dudando entre hacer matemáticas o física. Un tiempo fuera de casa me ayudará a decidirme.

No creí necesario explicar al buen hombre que mis padres habían tenido que cerrar su pequeña librería. La crisis había podido más que un sueño iniciado antes de que yo naciera. Mientras mi

padre buscaba cualquier trabajo, mi madre había empezado a recomendar prendas de las vecinas, pero no era suficiente para afrontar los gastos de una carrera.

—Me parece una decisión muy sabia, jovencita. Por cierto, me estoy comportando como un viejo maleducado. Ni siquiera me he presentado: me llamo Murray.

—Yo soy Laila.

—Un nombre precioso, geniecillo.

—Es de origen árabe —le expliqué—. Significa «hermosa».

—Entonces, aparte de un nombre bonito, es muy apropiado para ti. Por cierto, si te alojas en el CERN, tienes que bajar en la próxima parada. Te voy a apuntar mi número de teléfono. Si necesitas cualquier cosa, hijita, cuenta conmigo.

Dicho esto, sacó una estilográfica y anotó en un pedacito de papel varias cifras antes de doblarlo y ofrecérmelo.

Iba a agradecerle de corazón aquel gesto, cuando el autobús llegó a mi parada. Bajé de un salto y recogí mi maleta de la bodega.

Antes de guardar en el bolsillo el papel que me había dado el anciano, pude leer una frase singular impresa en el dorso:

«Los analfabetos del siglo XXI no serán aquellos que no sepan leer o escribir, sino los que no puedan aprender, olvidar lo aprendido y aprender de nuevo».

ALVIN TOFFLER

Guardé la nota en mi libreta. Había decidido que se convertiría en mi cofre de pequeños tesoros. Aún no era consciente de cuántos de ellos iba a acumular durante los meses de aquel verano inolvidable.